

La fascinación por la MÚSICA EN LIBERTAD



JAVIER PÉREZ SENZ

La música gitana lleva siglos inspirando a grandes compositores de la historia. Franz Liszt, que incorporó melodías populares romanes a su célebre colección de *Rapsodias húngaras*, nunca ocultó su fascinación por los temas, lentos y rápidos, de dos compositores y violinistas gitanos de asombroso virtuosismo, János Bihary y Antal Csermák. De hecho, Liszt nunca pudo olvidar su primer contacto con la música de los gitanos, en 1822, en un concierto de la orquesta que dirigía, precisamente, János Bihary. No fue el único, ni antes, ni después: también Franz-Josef Haydn, Ludwig van Beethoven, Franz Schubert y Johannes Brahms quedaron literalmente cautivados por una forma de entender la música que es puro canto a la libertad y a la inspiración del intérprete. Se puede hablar de plena exaltación romántica, diversidad de colores, extrañas modulaciones, vigor rítmico y un personalísimo sentido del fraseo y del valor de los contrastes súbitos en la narración musical, sin olvidar, naturalmente, la cualidad que más fama a dado a los gitanos a lo largo de la historia: un virtuosismo cegador. Pero es más fácil resumir esas cualidades en un aspecto que adquiere valor supremo en la música gitana: la creatividad del intérprete.

◀ Brahms. Sus *Danzas Húngaras* suenan gitano

La inspiración del momento es el motor imparable de los músicos gitanos, algo que choca en ocasiones con las estrictas reglas clásicas, donde hasta las cadencias de un concierto deben estar escritas en papel pautado porque los intérpretes clásicos renunciaron al valor y al compromiso diario de la improvisación. Ese espacio para la pasión creativa del intérprete, reivindicado en las tres últimas décadas, y con razón, por los especialistas en la música antigua y barroca, permanece vivo en la música gitana desde sus raíces.

El desaparecido violinista y director de orquesta Yehudi Menuhin defendió con pasión la influencia romaní en la música clásica, la lección como intérprete que él recibía al entrar en contacto con otra forma más libre y comunicativa de hacer música. Menuhin aprendía por igual de violinistas, clarinetistas o cantantes: sentía el lirismo, la fuerza rítmica, la naturalidad y la frescura de la huella romaní, palpable en canciones y danzas de Johannes Brahms, Antonin Dvůřak

y Leos Jánáček; en las piezas violinísticas y orquestales de autores tan diversos como Pablo Sarasate, Fritz Kreisler, Bela Bartók o Georges Enesco; en los ballets de Manuel de Falla -la influencia del flamenco y el cante gitano en particular nutre un legado musical que sigue aumentando en la actualidad con las aportaciones de Joan Guinjoan, Mauricio Sotelo y otros compositores.

La presencia gitana en el mundo de la ópera, la zarzuela y la opereta es, con todos los tópicos imaginables, otro filón inagotable: la celeberrima *Carmen* de Georges Bizet, *La vida breve*, de Falla, y *El gato montés*, de Manuel Penella son ejemplos bien conocidos a los que conviene añadir, sin ánimo exhaustivo, la galería de personajes gitanos en las óperas de Giuseppe Verdi - con la vieja Azucena de *El trovador* a la cabeza-, las operetas de Johann Strauss (*El barón gitano*), Franz Lehár y Emmerich Kálmán, y aportaciones tan singulares desde el terreno de la ópera rusa como *Aleko*, de Sergei Rachmáninov, que describe la vida en un campamento gitano.◀◀

* Javier Pérez Senz es periodista y crítico musical del diario *El País* y de Radio Clásica de Radio Nacional de España.